

Céspedes diga nada en contra de ellos. Cuenta únicamente el calvario de unos prisioneros «bolis» en poder de unos soldados «pilas». Probablemente ocurra lo mismo si el caso se produjera a la inversa, en el ánimo del lector, que ya alejado de la influencia del relato recobra su corazón de americano, y sólo siente un deseo: de que estos libros se propaguen, se divulguen lo más posible, a fin de que ese terrible jinete del Apocalipsis, no vuelva a lanzar su terrible bestia a través del suelo de América.

De la lectura del libro de Céspedes, nace un fervor infinito hacia la paz en el alma de quien se sature del contenido de sus páginas. El ha hecho aquí en América lo que hicieron Remarque, Glaesser, Barbusse y otros en Europa. Desgraciadamente el fantasma sigue asomando su silueta sombría y pavorosa, en todos los rincones del mundo.—LUIS DURAND.



LA HUERTA SIMBÓLICA.—TRES ENSAYOS DE DIVULGACIÓN, por *Guillermo Rojas Carrasco*.—Cultura.

Entendemos que éstos son los primeros libros que publica don Guillermo Rojas Carrasco, maestro de segunda enseñanza y rector de un Liceo de provincia, según creemos. Años atrás, en una revista de esta ciudad mantuvo una sección de crónica bibliográfica y mucho después en un diario vespertino, también comentaba libros nacionales. Ahora, ha preferido hacerlos.

La Huerta Simbólica es llamada por su autor «prosas líricas». Pero el lirismo, si hemos de ser sinceros, no introduce su encendida presencia o su riego germinativo en el espacio que esta ocupa. Al contrario, lo pedestre excursiona y habita su dimensión opaca con segura y abundante continuidad, demostrando el señor Rojas Carrasco una estricta incapacidad para el género lírico; cuando intenta orillararlo, lo que acontece raramente, si hablamos de acuerdo con lo que vemos en este libro, cae de ma-

nera inevitable en muy socorridos lugares comunes, no existiendo relación ni siquiera aproximativa entre el deseo del autor con lo que consigue realizar.

En cuanto al título, sin duda éste es ya más preciso, pues en todas sus páginas aparece el propósito simbólico. Desgraciadamente, este propósito se exterioriza en una forma por demás desvaída e insignificante, no en cuanto a la intención interna del mismo, sino a la inopia y vulgaridad de su sentido. Son infinitos los escritores que han explotado idénticos temas y para volver a tratarlos hay que poseer notorias energías, energías que no evidencia albergar el señor Rojas Carrasco. El simbolismo de sus prosas ha sido ya extraordinariamente manoseado; tampoco ha conseguido lo que en unas palabras iniciales pretendía: conformarse con la originalidad en la interpretación, lo que tal vez habríale dado interés a su volumen.

Vamos a reproducir una de estas prosas para que no se crea en nosotros una aspiración mezquina de negación y que compruebe lo que afirmamos. Además, es una muestra característica del autor:

«Gusanos»

«Miran con ojos inexpresivos; redondos como granos de mostacilla.

Son las diminutas y múltiples manifestaciones del genio del mal, ellos quieren destruir la cosecha que el labrador tenía derecho a esperar como coronación a sus afanes y sacrificios.

Adhieren a las hojas y frutos y trabajan afanosamente por destrozar cuanto alcanzan sus pequeñas fauces voraces e insaciables. Y si partes del fruto son impenetrables para sus débiles bocas, de todas maneras lograron afearlo con la baba ponzoñosa que van esparciendo a su paso.

¡Tantos hombres-gusanos! Incapaces de nada útil, envidiosos y maldicientes, intrigantes y canallescios, gozan con destruir la labor y reputación ajenas. Gastan su actividad en ir minando

la obra altruísta de los pocos hombres que, llevados de noble afán, sólo saben sangrar en beneficio de los demás.

Sería fácil destruirlos, pero hay una repugnancia instintiva que nos impide poner nuestro pie en contacto con su piel viscosa y fría».

Sin embargo debemos recalcar en esta obra—mirándola desde otro punto de vista que el literario—algunas cualidades que pueden hacerla meritable, las que por otra parte justifican este comentario, y es el aliento moral que la anima, infundiéndole acaso ciertas proyecciones pedagógicas, ya que no existe duda de que algunos sentimientos que en ella vienen expresados, son dignos de inculcárselos a la juventud. En este aspecto debemos elogiarla, porque el señor Rojas Carrasco contiene en sí innumerables condiciones de bondad y hombre de bien que ha derramado con largueza en *La Huerta Simbólica*.

En lo que se refiere a *Tres Ensayos de Divulgación*, encontramos en él un esfuerzo más interesante y mucho más realizado, a pesar que el señor Rojas Carrasco aparece en este libro con pretensiones más modestas que en el anterior, dedicándolo preferentemente a la juventud que se interese en ampliar sus conocimientos. Se ocupa de Carlyle, del concepto de Dios y de psicología social, según las teorías de William Mc Dugall, profesor de la Universidad de Oxford.

En el desarrollo de estos breves ensayos, observamos en el señor Rojas Carrasco algunas cualidades estimables que suponemos son las que debiera cultivar con más frecuencia y en trabajos de la misma especie, como ser, la claridad expositiva y la capacidad de síntesis, pues en pocas palabras logra condensar las ideas motrices de los autores que comenta y exponerlas con gran precisión y facilidad, además, con mayor carácter, se acentúa su predisposición pedagógica.

Considerados desde el aspecto retórico y sintáctico *Tres Ensayos de Divulgación*, como *La Huerta Simbólica*, nada dejan que desear.—A. T.



HOY

Su placer consistía en arriesgar su destino, manifestaba Stenchal refiriéndose a Julián Sorel, palabras que tal vez pudieran aplicarse a Blaise Cendrars, cuya vida ha sido de extraordinario movimiento exterior, como también íntimo, aventurando frecuentemente la continuidad de la misma; de Blaise Cendrars, una de las personalidades más agitadas de la literatura francesa actual y, seguramente, uno de los menos literatos de sus escritores, pues, por encima de todo, ha preferido la acción permanente y febril, considerando la literatura—su obra, más bien—sólo como un complemento de aquella; pero, desde luego, complemento fundamental, porque siempre, aun en medio de sus trabajos de tan variadas, pintorescas y peligrosas índoles, deja el necesario minuto para escribir, lo deja, o más certeramente, es solicitado por él con urgencia inaplazable.

Sin duda su placer consiste en arriesgar su destino, aunque no en el estricto sentido stenchaliano ya que a Julián Sorel lo guiaba una aspiración definida, una ambición concreta que lo impulsaba hacia una finalidad de antemano determinada—el imperativo del triunfo social—mientras que Blaise Cendrars, pletórico de una energía innumerable no ha sido jamás atraído por una meta exclusiva, alcanzada la cual, sosegaríase su errancia y su necesidad de riesgo sostenido. Al contrario, la falta de unidad en la ambición provoca naturalmente la variedad de sus actividades y trabajos, no encontrando su inquietud sino sólo intranquilos refugios momentáneos que lo impelen nuevamente a la más honorable diversidad.